

Individuos De Fe No Nombrados Lección 17

por Douglas L. Crook

La Mujer Que Tocó El Manto De Jesús

Marcos 5:25-34

25 Pero una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre,

26 y había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor,

27 cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás entre la multitud, y tocó su manto.

28 Porque decía: Si tocare tan solamente su manto, seré salva.

29 Y en seguida la fuente de su sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote.

30 Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos?

31 Sus discípulos le dijeron: Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado?

32 Pero él miraba alrededor para ver quién había hecho esto.

33 Entonces la mujer, temiendo y temblando,

sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de él, y le dijo toda la verdad.

34 Y él le dijo: Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote.

Hay varias lecciones que podemos aprender de este relato de la mujer, cuyo nombre no conocemos, que tenía un flujo crónico de sangre o un desorden menstrual.

Con una lectura ligera y rápida de este relato uno podría concluir que si uno tiene fe para recibir algo que desea intensamente puede robar de Jesús un milagro sin que Él sepa o quiera. Lastimosamente, esta es la conclusión errónea de muchos.

Sin duda la fe de la mujer fue el instrumento por el cual recibió lo que necesitó de Jesús. Su fe es un ejemplo que nosotros debemos imitar. Por lo tanto, necesitamos entender el enfoque de su fe.

Este relato demuestra que Jesús tiene el poder de sanar enfermedades físicas y no hay nada en la palabra de Dios que indica que Dios ha decidido que no sanará al pueblo de Dios más en esta edad de la iglesia. Nada es imposible con Dios. Dios todavía sana hoy.

Sin embargo, cuando comparamos la escritura con la escritura, rápidamente descubrimos que en esta edad de la iglesia no se ha dado una promesa incondicional que Dios sanará a Su pueblo cada vez que está enfermo simplemente porque le pide y cree que el Señor es capaz de sanarlo. La experiencia del Apóstol de esta edad de la iglesia aclara esta verdad.

2 Corintios 12:7-10

7 Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un

aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera;

8 respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí.

9 Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo.

10 Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

2 Timoteo 4:20

20 Erasto se quedó en Corinto, y a Trófimo dejé en Mileto enfermo.

Si fuese la voluntad de Dios siempre sanar a todos sus hijos y sanar a todos por los cuales oramos, podríamos vaciar los hospitales y eliminar la enfermedad de la tierra. Así podríamos librar la tierra de una de las consecuencias más grandes del pecado y crear los cielos aquí sobre la tierra.

Si el ministerio terrenal de Jesús es el modelo que Dios quiso para nuestro ministerio en esta edad de la iglesia, entonces cada uno por el cual oramos sería sanado no importa si el individuo por el cual oramos tiene fe o no o aun si es salvo o no.

Mateo 14:35-36

35 Cuando le conocieron los hombres de aquel lugar, enviaron noticia por toda aquella tierra alrededor, y trajeron a él todos los enfermos;

36 y le rogaban que les dejase tocar solamente el borde de su manto; y todos los que lo tocaron, quedaron sanos.

Este pasaje no dice que estos individuos tenían fe, sólo que tocaron el manto de Jesús y que quedaron sanos.

Mateo 8:16-17

16 Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos;

17 para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.

Jesús cumplió con su ministerio terrenal la profecía del ministerio del Siervo de Jehová que librará a Israel y a todos los que creerían del pecado y de todas sus consecuencias, incluyendo la enfermedad y la muerte. Jesús declaró claramente el propósito de Sus muchos milagros.

Mateo 9:1-8

1 Entonces, entrando Jesús en la barca, pasó al otro lado y vino a su ciudad.

2 Y sucedió que le trajeron un paralítico, tendido sobre una cama; y al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados.

3 Entonces algunos de los escribas decían dentro de sí: Este blasfema.

4 Y conociendo Jesús los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?

5 Porque, ¿qué es más fácil, decir: Los pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda?

6 Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados

(dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa.

7 Entonces él se levantó y se fue a su casa.

8 Y la gente, al verlo, se maravilló y glorificó a Dios, que había dado tal potestad a los hombres.

Sólo en los cielos no habrá más enfermedad o muerte.

Apocalipsis 21:3-4

3 Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.

4 Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.

Mientras tanto, en esta edad de la iglesia, cuando estamos enfermos, creo que debemos clamar al Señor en oración y pedir sanidad.

Filipenses 4:6-7

6 Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias.

7 Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.

Si la sanidad no viene, podemos seguir el ejemplo de Pablo y tener la fe que la gracia de Dios es suficiente para darnos la fuerza para soportar la prueba y honrar a Dios en y a través de la enfermedad.

¿Si la lección de la experiencia de la mujer con un flujo de sangre crónico no es que la sanidad física se recibe automáticamente en el momento que

clamamos a Jesús en fe, cuál es la lección entonces?

Primeramente, necesitamos entender la profundidad de la desesperación de la situación de esta mujer. Según la ley la condición de esta mujer la hacía continuamente inmunda.

El Capítulo 15 de Levíticos trata con el tema desagradable de la contaminación de las secreciones del cuerpo de ambos hombres y mujeres. Las secreciones del cuerpo hicieron al individuo inmundo y la persona inmunda fue prohibida tener contacto social con otros y no pudo participar de la adoración a Jehová hasta que se sometió al proceso de la ceremonia de limpieza.

En el caso de la mujer con un flujo de sangre estaba en esta condición por doce años largos. Cuando una persona inmunda tocó a una persona limpia, la otra persona se hizo inmunda también. Si una persona inmunda no anunciara su impureza a otros y voluntariamente los contaminara, se le podría apedrear bajo la ley. Por lo tanto esta mujer no debía haber estado entre la multitud de gente aquel día. Sin duda, por la mucha gente, seguramente tocaba a muchas personas y las contaminó.

La ley tocante a las inmundicias de las secreciones del cuerpo parece un poco severa cuando considera que estas secreciones eran funciones normales del cuerpo que Dios creó. En el caso de esta mujer era una anormalidad de una función del cuerpo normal. Pero recuerde que el propósito de la ley era para revelar la santidad de Dios e ilustrar la inmundicia de la vieja naturaleza del hombre delante del Dios Santo.

La lección de la ley de las secreciones del

cuerpo fue una figura de la inmundicia del hombre que fluye desde adentro del hombre de un corazón pecaminoso.

Mateo 5:27-28

27 Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio.

28 Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.

Jesús no enseñaba que el acto y el pensamiento del adulterio son lo mismo o resultan en el mismo grado de consecuencia, pero mejor dicho enseñó que el acto vil del adulterio es el resultado de un corazón pecaminoso. La contaminación del pecado fluye desde dentro de nosotros de un corazón que contamina todo lo que hacemos. Si el hombre va a ser reconciliado con Dios y disfrutar la comunión con Él, tiene que ser limpiado desde dentro del corazón primero. Con un corazón nuevo y limpio, el hombre nunca, jamás será separado de su Creador por la mancha de la inmundicia del pecado.

Tito 3:3-7

3 Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros.

4 Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres,

5 nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo,

6 el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador,

7 para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.

Cuando somos nacidos de nuevo, recibimos un nuevo corazón, una nueva vida, que es libre de la contaminación del pecado y somos capaces de vivir una vida piadosa. La justicia de Dios puede fluir desde dentro de nosotros en vez de la contaminación del pecado.

La mujer, cuyo nombre no conocemos, es un ejemplo de cómo Jesús, y sólo Jesús, tienen el poder de satisfacer los requisitos de la ley y de dar una liberación completa y final de la condenación de la ley. Así como la mujer no encontró liberación por medio del hombre y sus obras o sabiduría, nuestra limpieza espiritual de la mancha del pecado no es por nuestras obras, sino por el poder de la sangre derramada de Jesucristo. Nuestras obras y esfuerzos de limpiarnos son vanos.

Isaías 64:6

6 Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento.

Todas nuestras justicias son como trapos de inmundicia, (trapos menstruales: los esfuerzos del hombre de limpiarse del pecado son contaminados con la inmundicia que fluye de un corazón inmundo. Por eso a pesar de nuestros esfuerzos de justicia, quedamos inmundos delante de un Dios Santo).

Esta mujer pobre estaba desesperada. Fue

condenada a estar separada de la sociedad y de la participación en la adoración de Jehová. Era económicamente desposeída debido a su condición física. Había probado cada remedio conocido por el hombre para curarse de su condición. Sufrió el dolor físico, psicológico y social.

Entonces la mujer supo de la fama de Jesús. Cuando oyó de los milagros que hizo, creyó que debe ser el Mesías prometido, el Siervo prometido de Jehová que sanaría todas sus enfermedades. Tenía fe que Jesús tenía lo que necesitaba y que todas las otras fuentes de esperanza se habían agotado porque fueron fuentes de esperanza falsa.

Note que Jesús dijo que su fe la hizo salva, no el toque de Su manto. Su fe en la persona de Jesús y quien era Jesús la salvó y la sanó física y espiritualmente.

No debemos pensar por la pregunta de Jesús, “¿quién ha tocado mis vestidos?” que Jesús no sabía quién era. Jesús estaba rodeado por mucha gente que estaba tocándolo pero Jesús sabía que una mujer le tocó por fe.

Juan 2:23-25

23 Estando en Jerusalén en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía.

24 Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos,

25 y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre.

Cuando Adán pecó y Dios le preguntó, “¿dónde estás, Adán?”, Dios sabía donde estaba

Adán. Dios quiso que Adán entendiera dónde estaba. Fue necesario que Adán entendiera que estaba escondiéndose de Dios por la vergüenza del pecado.

Cuando Jesús preguntó “¿quién ha tocado mis vestidos?”, conocía la fe que estaba en el corazón de la mujer y sabía que ella fue sanada. Jesús simplemente quiso que ella proclamara en público su fe a pesar de las consecuencias posibles por sus acciones. La mujer podría haber sido apedreada por la ley por estar en medio de la multitud con su condición de inmundicia. También Jesús quiso demostrar a todos que Él había venido para librar de la condenación de la ley y traer la limpieza eterna del pecado y de todas sus consecuencias.

Romanos 8:1-4

1 Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.

2 Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.

3 Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne;

4 para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.

Esta verdad se ilustró para nosotros en el milagro de la sanidad de la mujer con un flujo de sangre.

Que señalemos a otros a Jesús como la única esperanza de la salvación eterna y de la limpieza de la

culpa y la mancha del pecado. Como creyentes vamos a mirar a Jesús como la única fuente de esperanza para suplir todo lo que necesitamos para esta vida y para la eternidad.

Si necesitamos una sanidad física para glorificar a Dios, seremos sanados. Si necesitamos la fuerza y la sabiduría para soportar la prueba, Dios las proveerá. Si necesitamos consuelo, gozo o paz, tenemos que mirar a Jesús como la fuente de estas cosas. Que tengamos la fe que demostró esta mujer y que Jesús recompensó.